

**La condena del científico prometeico:
Reflexiones sobre el problema de la justicia en
Frankenstein de Mary W. Shelley¹**

Por Valentina Trigona



Resumen:

El desencadenamiento del mal tras la creación de un ser que nunca tendría que haber sido sitúa al doctor Frankenstein como protagonista de un conflicto que se remonta a los inicios de la humanidad: el hombre que desea ser Dios.

El trágico destino de los personajes de la obra se origina en una caótica y desoladora injusticia, simbolizada en el quebrantamiento del orden creacional por la transgresión de los límites de la naturaleza humana, el castigo de un científico que ansiaba desesperadamente alcanzar la divinidad y la venganza de un monstruo atormentado por el absurdo de su propia existencia.

Abstract:

The unleashing of evil after the creation of a being that should never have existed places Dr. Frankenstein as the protagonist of a conflict that dates back to the beginnings of humanity: the man who wishes he was God.

The tragic fate of the characters in the play originates in a chaotic and devastating injustice, symbolized in the breaking of the order of creation by the transgression of the limits of human nature, the punishment of a scientist who desperately longed to achieve divinity and the revenge on a monster tormented by the absurdity of its own existence.

Palabras clave:

Frankenstein - Mary W. Shelley - Filosofía del derecho - Justicia - Orden - Límites - Naturaleza

Key words:

Frankenstein - Mary W. Shelley - Philosophy of Law - Justice - Order – Limits - Nature

¹ La autora publica este trabajo en el marco del Proyecto de Investigación “Principales problemas de justicia y su solución en la literatura universal”, dirigido por el Dr. Siro M.A. De Martini. Programa Ius - Acreditación de Proyectos de Investigación Jurídica. Investigación jurídica aplicada. Facultad de Derecho. UCA. Convocatoria 2019-2021.

La condena del científico prometeico: Reflexiones sobre el problema de la justicia en
Frankenstein de Mary W. Shelley²

1. Una creación monstruosa.

“Todo comenzó, en parte, como una fuente de entretenimiento
y, en parte, como una fórmula
para ejercitar aquellos recursos de la inteligencia
que no se habían explorado.”³

Prefacio de la primera edición de Frankenstein, 1818.

Una noche lluviosa y aburrida de 1816, el célebre año sin verano⁴, un grupo de amigos reunidos en Villa Diodati, Suiza, se vieron desafiados por su anfitrión a escribir una historia de terror, tras leer una antología de cuentos de fantasmas⁵.

Sólo dos de los cinco presentes lograron cumplir el reto, dando nacimiento a los arquetipos de monstruos contemporáneos más aterradores: *El Vampiro*, de John Polidori, e, indudablemente, *Frankenstein o el moderno Prometeo*, de Mary W. Shelley⁶.

Parece un hecho fascinante, no fortuito ni librado al azar del universo, que los hitos del horror gótico fueran concebidos en el mismo lugar donde personajes ilustres se hospedaron, tal como Rousseau, Voltaire, e incluso John Milton⁷, previo a escribir *El paraíso perdido*, cuyo

² En el presente trabajo se utiliza la edición de Frankenstein de Gradifco S. R. L., Buenos Aires, Argentina, 2007, cuya traducción es de Juan Izquierdo. Las citas de la novela en el artículo pertenecen a dicha versión, habiendo sido previamente cotejadas con *Frankenstein; or, the modern Prometheus*, Lackington, Hughes, Harding, Mavor, & Jones, London, 1818 y *Frankenstein*, Colburn and Bentley, London, 1831.

³ Firmado en “Marlow, septiembre de 1817”, fue escrito por Percy B. Shelley - quien se encargó de la primera publicación de Frankenstein, razón por la cual se creyó inicialmente que él era el autor -, aludiendo al tiempo y lugar donde Mary W. Shelley había terminado el primer borrador de la novela. Shelley, Mary: *Frankenstein. Edición anotada para científicos, creadores y curiosos en general*, Editorial Planeta, S. A., 2017, p. 22.

⁴ Una misteriosa erupción no identificada de 1809, junto con el velo de ácido sulfúrico que cubrió gran parte del planeta a causa de la erupción del estratovolcán Tambora en 1815, ocasionaron condiciones frías y húmedas sin precedentes durante 1816 que originaron al conocido “año sin verano”. McGuire, Bill: *Waking the Giant: How a changing climate triggers earthquakes, tsunamis, and volcanoes*, Oxford University Press UK, 2012, p. 84.

⁵ *Fantasmagoriana, ou recueil d'histoires d'apparitions de spectres, revenans, fantômes, etc.*, Chez F. Schoell, Paris, 1812.

⁶ Mary Wollstonecraft Godwin es su nombre de nacimiento. Tras casarse con Percy B. Shelley, adoptó el apellido de su marido.

⁷ Ruiz Garzón, Ricard: *Los Monstruos de Villa Diodati. Los espejos de Frankenstein*, Reino de Cordelia, S.L., Madrid, España, 2018, p. 21.

estremecedor argumento destaca Mary W. Shelley al iniciar su obra cumbre con un epígrafe del mismo:

“¿Te pedí, Creador, que de mi barro
me moldearas como hombre? ¿Te solicité
que de la oscuridad me promovieras?”⁸

La novela no podría haberse originado sino en la mente de una joven que transcurría sus días sumida en la más profunda soledad al lado de la sepultura de su madre. Hija de notables escritores de la época, Mary W. Shelley tuvo una educación enriquecedora, que le permitió cultivar su imaginación, sembrando ideas que luego crecerían y tomarían forma en diversos relatos.

Su relación con el poeta Percy B. Shelley terminó por insertarla en el círculo intelectual del siglo XIX; la huida con el mismo, tras abandonar a su mujer y sus dos hijos, significó tanto viajes por Europa, como rodearse con afamadas figuras del movimiento romántico.

No obstante, ello también trajo consigo duras penurias económicas, el firme rechazo por parte de su familia, el desgraciado suicidio de la esposa de Percy y las incontables infidelidades de su ya marido, quien propugnaba el amor libre, al punto de presentarle amigos suyos – Thomas Jefferson Hogg es ejemplo de ello –, con el propósito de que participara en su filosofía de vida⁹. La repentina muerte de Percy, así como el prematuro fallecimiento de cuatro de sus cinco hijos, hacen terminar al joven amor adolescente en una funesta tragedia.

En sus diarios, es posible apreciar que conocía las obras del químico Sir Humphry Davy, así como los trabajos de Erasmus Darwin. Las conversaciones que su esposo mantenía con lord Byron respecto del galvanismo, eran manifestaciones del interés que existía en su grupo acerca de la reanimación de cadáveres¹⁰.

En un ambiente consumido por el temor a los ladrones de tumbas, ambiciosos científicos y estudiantes de medicina eran protagonistas del negocio de llevar a cabo disecciones y experimentos con el fin, entre otros, de encontrar el modo de devolver la vida a cuerpos corrompidos por la muerte.

⁸ La traducción es nuestra. Es interesante señalar que Mary W. Shelley corta el verso del poema, siendo el mismo del siguiente modo:

“¿Te pedí, Creador, que de mi barro
me moldearas como hombre? ¿Te solicité
que de la oscuridad me promovieras, o me condujeras
a este delicioso jardín?”

La cita completa fue tomada de Milton, John: *Paradise Lost*, Editorial Material, Blackwell Publishing Ltd, Massachusetts, EEUU, 2007, p. 273.

⁹ Mellor, Anne K.: *Mary Shelley: su vida, su ficción, sus monstruos*, Ediciones Akal, S. A., Madrid, España, 2019, p. 53.

¹⁰ Rodríguez Valls, Francisco: *El Frankenstein de Mary Shelley (1797-1851)*, Thémata, Revista de filosofía, n°44, Universidad de Sevilla, Sevilla, España, 2011.

Frankenstein o el moderno Prometeo no solo significó un cambio fundamental en la literatura universal - en vista del surgimiento del género de ciencia ficción junto con el esplendor de la novela gótica - sino también un fuerte impulso al rol de la mujer en el mundo de las letras. Asimismo, ha dado lugar a múltiples especulaciones a causa de los paralelismos con la vida personal de la autora.¹¹

En virtud de ello, resulta imprescindible que el presente trabajo parta desde un interrogante necesario y fundamental, aunque tal vez, en nuestros días, se haya tornado un tanto oscuro y misterioso: ¿Quién es Frankenstein y qué fue lo que hizo?

2. El hombre que quería ser Dios.

“... Y me limité a transcribir únicamente

los espantosos terrores de mi ensoñación.”¹²

Introducción a la edición de 1831, Mary W. Shelley.

En algún lugar de las frías aguas del Ártico, el capitán Robert Walton narra en cartas dirigidas a su hermana su viaje de exploración al polo norte y su sorprendente encuentro con un hombre al que su tripulación rescata casi consumido por el congelamiento.

El desconocido agradece que le hayan salvado la vida y explica que estaba intentando alcanzar a alguien que huía de él. Tras despertar la intriga del capitán y vislumbrar en sus ojos la misma ambición que alguna vez tuvo, le advierte que el destino es inevitable y procede a contar su infortunada historia.

Criado en Ginebra, Víctor era el hijo mayor de una familia distinguida e indulgente: sus padres y sus hermanos pequeños junto con su prima Elizabeth, con quien todos esperaban que algún día se casara, integraron su valiosa y amplia formación personal e intelectual.

El descubrimiento accidental de la filosofía natural a través de los libros de Cornelius Agrippa durante un viaje familiar, cambiará el rumbo de la vida del joven Víctor. La indiferencia de su

¹¹ Los tintes autobiográficos se ven reflejados en el personaje del monstruo: además del intenso sentimiento de soledad que los inunda durante su vida, tanto la autora como la criatura carecieron de una relación con sus respectivos progenitores. Mientras que Mary W. Shelley perdió a su madre a los días de darla a luz, el monstruo nunca tuvo ninguna figura familiar y debió aprender a sobrevivir por cuenta suya. Algunos estudiosos del tema incluso señalan la falta de madres en la obra: Elizabeth queda huérfana de madre desde pequeña, Frankenstein pierde a la suya en el relato, y los hermanos Agatha y Félix, así como Safie, carecen de una.

¹² La tercera y última edición de *Frankenstein* cuenta con una valiosa introducción de su autora, que ilumina la lectura de la obra a partir del relato de su propio origen; también realizó varias correcciones menores del texto.

padre al preguntarle por el alquimista lo impulsará a su estudio, sumergiéndose, luego, en las obras de Paracelso y Alberto Magno.

Fruto de esa inocente curiosidad, en su mente comienza a tomar forma la idea de “liberar al organismo humano de la enfermedad y hacer del hombre un ser invulnerable a todo menos a la muerte violenta”¹³.

Tiempo después, al presenciar una fuerte tormenta y ver cómo un rayo no solo cae, sino que destruye por completo un roble, se interesará por las leyes de la electricidad, en busca de respuestas sobre el funcionamiento de la naturaleza.

La Universidad de Ingolstadt fue donde Víctor prosiguió sus estudios. Al poseer todos los conocimientos que deseaba adquirir y disponer de su propio laboratorio, el ahora doctor Frankenstein, movido por su obsesión de descubrir los secretos del cielo y de la tierra, estudia el proceso de transformación entre la vida y la muerte¹⁴. Del mismo, logra engendrar a una criatura a partir de materia inerte, a la cual abandona por su aspecto monstruoso¹⁵.

Debiendo sobrevivir por sí mismo, el monstruo aprende el uso del lenguaje, así como la diferencia entre el bien y el mal, orientando su obrar hacia aquello que lo hace feliz: convivir con seres humanos¹⁶. Sin embargo, los constantes ultrajes y denigrantes tratos que recibe por parte de las personas, lo movilizan a buscar a su verdadero creador, a fin de pedirle que cree un ser semejante a él, con quien compartir su vida y apaciguar el sentimiento de soledad que lo invade ferozmente¹⁷.

Ante el agobiante temor de que la venidera criatura femenina se deleitase con hacer el mal, los monstruos se odian entre sí¹⁸, o simplemente se vean impulsados hacia la procreación y den origen a diabólicos seres que se extenderían por la tierra¹⁹, Frankenstein decide que tenía con la humanidad un deber mayor y destruye lo que habría de ser su nueva invención.

¹³ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 41.

¹⁴ “Para examinar las causas de la vida, tuve que introducirme en el estudio de la muerte.” *Frankenstein*, Op. Cit., p. 55

¹⁵ “¿Cómo podrá describir la emoción que sentí ante aquella catástrofe, o encontrar las palabras que definan o describan el repulsivo engendro que, tras tanto esfuerzo y trabajo, había crado? (...) Me tendía una de sus manos, como si quisiera asirme, pero escapé del lecho antes de que pudiera tocarme.” *Frankenstein*, Op. Cit., p. 63.

¹⁶ “Deseaba con toda el alma que esas hermosas criaturas me conocieran y me amaran.” *Frankenstein*, Op. Cit., p. 161.

¹⁷ “Lo que te pido es razonable, justo y moderado; reclamo una criatura femenina, un ser del otro sexo tan horrendo como yo mismo (...) El cariño de mi compañera me transformará, y así podré incorporarme al hermoso ciclo universal del que ahora estoy tan cruelmente excluido.” *Frankenstein*, Op. Cit., p. 180.

¹⁸ “Era posible que la compañera resultara mil veces más diabólica que su hermano y no tuviera otro objetivo que entregarse al crimen por simple deseo de hacer el mal (...) Era posible también que ambos monstruos se odieran.” *Frankenstein*, Op. Cit., p. 207.

¹⁹ “...Una de las primeras consecuencias de la sed de amor que llenaba al monstruo sería la de empujarlo a procrear... Con el tiempo podía extenderse sobre la tierra una raza de seres diabólicos que sumirían en terror a los hombres, y que al cabo de muchos años podrían, incluso, amenazar la existencia de todo el género humano.” *Frankenstein*, Op. Cit., p. 208.

Será esa negativa y el brutal desprecio por parte de su creador, los que impulsan al monstruo a la toma de una decisión, y su consiguiente ejecución, que tendrá un impacto fatal e irreparable: que su creador viva en carne propia su sufrimiento, al matar a todos aquellos que alguna vez amó²⁰.

El asesinato de su hermano pequeño William, su esposa y prima Elizabeth, junto con su mejor amigo Henry, e incluso la muerte de su padre y la ejecución de Justine, la amorosa y leal sirvienta de su familia, forman parte de su venganza como rebeldía ante la imposibilidad de amar y ser amado²¹.

A pesar de ello, la criatura, al condenar a su creador, también se condena a sí misma a una existencia de persecución, en la que ambos tendrán el mismo desenlace: terminado su relato, Víctor Frankenstein fallece, presentándose el monstruo en su lecho de muerte, declarando que, al ver cumplido su cometido, pondrá fin a su vida, con el anhelo encontrar paz en lo que haya después de ella²².

3. El costo de la gloria.

*“La mayor perfección en la injusticia
es parecer justo sin serlo”²³.*

La República, Platón.

El día 1 de enero de 1818 fue publicada de forma anónima la novela de Mary W. Shelley bajo el nombre *Frankenstein o el moderno Prometeo*.

La elección del título no es casual: a partir del auge del romanticismo, escritores y poetas dejaron de lado la rigidez académica propia del neoclasicismo y reivindicaron su libertad como creadores, encontrando sus ideales encarnados en el titán Prometeo.

²⁰ “A partir de hoy conocerás la pena y el sufrimiento (...) ¿Crees realmente que te permitiré gozar de la felicidad mientras yo sufro las más horrendas desdichas? (...) Es posible que yo muera, pero antes, tú, mi tirano, mi verdugo, maldecirás la luz del sol que iluminará tu espantosa desgracia (...) ¡Te arrepentirás del mal que me has causado!”. *Frankenstein*, Op. Cit., p. 211.

²¹ “Sepa que, uno a uno, me fueron arrebatados los seres a quienes amaba y quedé solo, hundido en la desesperación.” *Frankenstein*, Op. Cit., p. 251.

²² “Jamás volveré a ver el sol o las estrellas, ni sentiré sobre mis mejillas la fresca caricia del viento (...) La luz, las sensaciones, los pensamientos, todo desaparecerá y, entonces, podré alcanzar la felicidad (...) Corrompido por mis crímenes, perseguido por los amargos remordimientos, sólo en la muerte encontraré reposo”. *Frankenstein*, Op. Cit., p. 284.

²³ 361, a, traducción de Antonio Camarero, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 2009.

Símbolo de la rebeldía frente al orden y poder despótico, la revolución del espíritu contra la norma coercitiva, la autoafirmación del hombre contra un dios tirano que tenía que morir²⁴, los autores se inspiraron en la figura trágica retratada por el dramaturgo Esquilo y produjeron múltiples producciones literarias en honor a su gloria.

Tal es el caso de Goethe, así como de Percy B. Shelley y lord Byron, pertenecientes al círculo íntimo de la autora. Incluso Karl Marx toma su figura como precursor del ateísmo y defensor del progreso de la humanidad en su tesis doctoral, al afirmar que “En el calendario filosófico Prometeo ocupa el lugar más distinguido entre los santos y los mártires.”²⁵

Fruto de la unión entre el titán Japeto y la oceánide Clímene, Prometeo ha sido protagonista de incontables versiones a lo largo de la historia por todo aquello que representa para la humanidad.

Apolodoro, Luciano, Pausanias y Ovidio²⁶, son sólo algunos de los que retratan al titán como creador de los seres humanos. No obstante, el trascendental acontecimiento que significa el comienzo de la existencia del hombre siempre se ve acompañado con el elemento del fuego en diversos relatos antiguos, tal como en la *Teogonía*, junto con *Los trabajos y los días* de Hesíodo, *Prometeo encadenado* de Esquilo, *Protágoras* de Platón, entre otros.

En la mitología griega, Prometeo es quien roba al dios Zeus el fuego, transportándolo en el interior del tallo de una cañaheja, a fin de llevárselo a los hombres. Al tomar conocimiento de ello, Zeus castiga a Prometeo por la falta cometida: encadenado a una columna en el Cáucaso, un águila devora su hígado cada día, el cual, por su naturaleza inmortal, se renueva cada noche, viéndose condenado a un sufrimiento eterno.

El mito de Prometeo deriva en un sinnúmero de mitemas, uno de los cuales es, ciertamente, la rebeldía del hombre frente a Dios. Mary W. Shelley no hará como sus contemporáneos, quienes elaboran una vehemente apología de Prometeo en un intento de hacerle una supuesta justicia frente a un destino tan cruel, sino que tomará la imagen del titán, dándole la forma de tantos científicos de su época, cuyo deseo era gozar del poder creacional de Dios²⁷.

²⁴ García Gual, Carlos: *Prometeo: mito y literatura*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, México, 2009, p. 173.

²⁵ Marx, Carlos: *Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y en Epicuro*, Editorial Ayuso, Madrid, España, 1971, p. 11.

²⁶ Apolodoro en *Biblioteca mitológica* I, 7, Luciano en *Prometeo en el Cáucaso y Diálogo de los dioses*, Pausanias en *Descripción de Grecia*, X 4,4, Ovidio en *Metamorfosis* I, 82. García Gual, Carlos: *Prometeo: mito y literatura*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, México, 2009, p. 207.

²⁷ Aya, César Oliveros: *El sueño de Frankenstein*, Revista Hallazgos, vol. 12, nº 23, Universidad Santo Tomás, Bogotá, Colombia, 2015.

4. Un castigo para toda la eternidad.

“¿Quién es o pretende ser ahora el hombre:
el creador o la criatura?”²⁸

La realidad como fundamento del derecho, Siro De Martini.

La lectura de *Frankenstein o el moderno Prometeo*, permite distinguir un conflicto que se remonta a los comienzos de la humanidad: el hombre que desea ser Dios.

El científico es presentado como un nuevo Prometeo quien, incitado por su vanidad de cambiar la vida humana, termina engendrando a una criatura monstruosa, la cual desencadena desgracia y difunde terror. Su antecesor, al entregarle a los hombres el fuego, como emblema del conocimiento y medios para su prosperidad, acaba introduciendo el mal en el mundo.

Su intención de beneficiar a la humanidad no fue suficiente para justificar su obrar: ambos, en su osada desobediencia a la divinidad y en su rebelión contra el orden del universo, son castigados; no sólo ellos como ejecutores de un daño irreparable, sino también quienes se suponían favorecidos por sus acciones.

El anhelo de Frankenstein de poseer el poder creacional, necesariamente implica ocupar el lugar de Dios, en un intento de despojarlo a Él de su autoridad. ¿Tendrá algún sentido comparar su torpeza con la creación divina?

Dios, en un acto de amor y bondad, da origen al universo y al hombre, hecho a su imagen y semejanza, habitando, el mismo, un paraíso terrenal y viviendo en armonía con toda la naturaleza. Frankenstein, en un afán de demostrar que es capaz de manipular las leyes de la naturaleza y concebir vida a partir de materia inerte, engendra una monstruosa criatura, a la cual deja desamparada en un mundo que la desprecia por su aspecto aberrante.

La misma criatura deja en manifiesto la patente inferioridad e imperfección de su creador mortal, al decir: “Dios, con su misericordia, hizo al hombre hermoso y atractivo, a su imagen y semejanza. Pero mi cuerpo es una abominable parodia del tuyo, más inmundo todavía debido a su parecido con la forma humana.”²⁹

A lo largo de la obra es posible encontrar huellas de que Mary W. Shelley efectivamente tenía en su mente al Dios cristiano al emprender la aventura de escribir su cautivadora obra. De hecho, hay una suerte de inversión entre su obra y el relato judeocristiano del Génesis.

²⁸ De Martini, Siro: *Fundamentos filosóficos del principio de legalidad*, Anales de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, segunda época, año LX, n° 53, 2013.

²⁹ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 159.

Así, al comienzo de la novela, cuando Frankenstein es acogido en el barco del capitán Walton, le advierte al mismo: “Como yo lo hice durante años, usted busca el conocimiento y la sabiduría. Espero que el cumplimiento de sus deseos no sea, como para mí, una serpiente venenosa”³⁰.

Dicha cita es una clara alusión al momento en que Adán y Eva, persuadidos por la serpiente, caen en la tentación y comen el fruto prohibido por Dios del árbol del conocimiento del bien y del mal, que causa tanto su expulsión del Edén como el comienzo del mal en el mundo.

No obstante, en la obra literaria no es el ser creado quien peca sino el creador, ya que es el científico quien se adjudica poderes ajenos a su naturaleza humana. Su hambre devoradora de sabiduría acabó en la perpetración del pecado, ocasionando un caos imposible de reparar.

Por otro lado, desde el momento en que la criatura comienza a existir como tal, es abandonada y dejada a su merced, haciéndose en repetidas ocasiones preguntas tan legítimas y conmovedoras, que nadie le podía responder: “Pero, ¿quién era yo? Lo ignoraba todo acerca de mi creación y de mi creador”³¹.

Ante el sufrimiento que padece por el rechazo constante de los hombres, la criatura exclama para sí: “Ninguna Eva estaba a mi lado para endulzar mi tristeza y compartir mis pensamientos. ¡Estaba solo! Recordaba la petición hecha por Adán a su creador. ¿Pero dónde estaba el mío? ¡Me había abandonado!”³².

El primer libro del Antiguo Testamento narra cómo Dios forjó de la tierra bestias y pájaros, entre los que, como no había encontrado Adán ayuda semejante a él, formó a Eva³³.

“Jamás había visto un ser que se me pareciera o que aceptara relacionarse conmigo. ¿Era eso justo?”³⁴, se pregunta el monstruo de Frankenstein, afligido de un modo similar al de Adán, por ser único en su especie. “¿Es justo, acaso, que todo hombre pueda encontrar esposa, todo animal su hembra, y que yo, sólo yo, permanezca solitario?”³⁵.

A pesar de ello, si bien Frankenstein “Era consciente de los deberes que un creador tiene para con el ser que ha creado”³⁶ – y abre la puerta para cuestionarse cuales son exactamente aquellos deberes –, nunca le proporciona un mínimo de educación, cariño o compañía. Simplemente lo desprecia por su apariencia y lo culpa de todos los males que lo atormentan.

No es casual que, de todos los libros que la criatura lee, *El paraíso perdido* de John Milton sea la que más sentimientos le despierta, señalando, en reiteradas ocasiones, su similitud con el personaje principal de la obra: “Muchas veces creí que Satanás era el ser que más se adecuaba

³⁰ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 32.

³¹ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 144.

³² *Frankenstein*, Op. Cit., p. 160.

³³ Agustín de Hipona: *Interpretación literal del Génesis*, EUNSA. Barañáin, España, 2006, p. 159.

³⁴ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 145.

³⁵ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 211.

³⁶ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 120.

a mi situación; por ejemplo, yo también había sentido el arañazo de la envidia al contemplar la dicha y la felicidad que reinaba entre mis protectores”³⁷.

Llega a tal punto la unión con el demonio, que en los instantes previos a dejar el barco del capitán Walton tras la muerte de Frankenstein, evoca su figura en una extraña comparación: “El ángel rebelde se convirtió en un diablo, pero hasta ese enemigo de Dios y de los hombres cuenta, en su desolación, con amigos y compañeros. Yo estoy solo”³⁸. Tal como si fuera Satanás, pero peor; tanto su conversión a un ser malvado como la ejecución de su venganza, las transitó sin más compañía que la suya misma.

“¡Seréis como dioses!, cuenta el Génesis que dijo la serpiente a la primera pareja de enamorados.”³⁹ Y ellos, en una expresa violación del mandato de Dios respecto de no comer el fruto, pese a tener todos los árboles del huerto a su disposición y saber que, de no acatar la orden, morirían, deciden libremente desobedecerlo: ellos eligen hacer el mal.

Frankenstein se deja llevar por ansias voraces de gloria: “Nadie puede imaginar la variedad de sentimientos que me embargaban en ese primer entusiasmo, ansioso de éxito”⁴⁰, para luego despertar en la realidad y tomar conciencia de la magnitud de sus acciones: “Pero cuando el trabajo estaba ya terminado, mi sueño perdía todo encanto y la repulsión y el horror se apoderaban de mi corazón”⁴¹.

Tanto Frankenstein como Prometeo, quizás incluso Adán y Eva, logran increíblemente trascender la barrera del tiempo para entrecruzarse en un punto: el origen del mal a partir de la rebeldía contra la autoridad divina en sus ansias de alcanzar el conocimiento; un conocimiento que no correspondía con su naturaleza, y que, al forzar al universo para obtenerlo, se enfrentan a un desgarrador castigo que los perseguirá hasta el último de sus días y quizás más allá también.

El mismo Frankenstein reconoce el daño que le produce sus ávidas ambiciones científicas, e intenta, en reiteradas ocasiones, advertir a aquellos que poseen su codicia, respecto de que no tomen las decisiones que lo llevaron a la perdición: “Aprenda, si no por mis consejos, al menos por mi ejemplo, lo peligroso que resulta adquirir ciertos conocimientos”⁴².

³⁷ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 158.

³⁸ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 282.

³⁹ De Unamuno, Miguel: *Del sentimiento trágico de la vida*, Ediciones Orbis, S. A., Madrid, España, 1984, p. 30.

⁴⁰ *Frankenstein*, Op. Cit., p.58.

⁴¹ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 64.

⁴² *Frankenstein*, Op. Cit., p. 57.

5. La forma de la injusticia

a. El quiebre del cosmos.

Hefesto: "... ¡Esto has sacado de tu inclinación a la humanidad!

*Sí. Eres un dios que, sin encogerte ante la cólera de los demás dioses, has dado a los seres humanos honores, traspasando los límites de la justicia."*⁴³

Prometeo encadenado, Esquilo.

Revolucionado el mundo romántico ante el anhelo de que el paso del ser humano por la tierra fuese infinito, el afán por el éxito y la gloria eterna al lograr transformar la naturaleza mortal en una inmortal era el sueño de todo científico de la época.

El personaje del doctor Frankenstein simboliza el héroe de aquel entonces: "Tenía mucha imaginación, pero también una gran capacidad de concentración y análisis", declaró en sus últimos momentos. "Gracias a la unión de estas dos cualidades pude concebir y llevar a cabo mi idea: la creación artificial de un ser humano".⁴⁴

Sus aspiraciones juveniles de alcanzar la inmortalidad fueron pronto reemplazadas por un deseo creacional puro: Víctor Frankenstein ya no era un muchacho entusiasta de diversas disciplinas, sino un hombre entregado por completo a las ansias de conocer más y más; ver cumplido su sueño significaba un arduo trabajo, que no solo conllevó días y noches enteras de estudio encerrado en el laboratorio, sino años inmerso en una intensa investigación.

"Contemplé cómo la noble figura humana se degradaba poco a poco hasta aproximarse a la nada. Vi cómo la corrupción de la muerte triunfaba sobre la vida. Observé cómo los gusanos se adueñaban de órganos tan maravillosos como los ojos y el cerebro. Me tomé todo el tiempo necesario para estudiar y analizar en detalle el proceso de transformación que tiene lugar en el pasaje de la vida a la nada, o de la nada a la vida"⁴⁵, relata Frankenstein.

La ilusión propia de un niño, o incluso de un aprendiz, se torna en una peligrosa obsesión que inunda cada parte de su cuerpo, hasta el extremo de verse como un dios que dará comienzo a una nueva era en el mundo: "Vida y muerte eran para mí fronteras ideales que era preciso franquear para iluminar nuestro tenebroso mundo con un torrente de luz. Una nueva especie me bendeciría como a su creador. Muchas existencias felices y hermosas me deberían su ser. Ningún padre merecería más gratitud de sus hijos que yo. Creí que si conseguía animar la

⁴³ Esquilo: *Tragedias*, Editorial Gredos, S. A., Madrid, España, 1986, p. 544.

⁴⁴ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 269.

⁴⁵ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 55.

materia muerta, me sería posible alguna vez ... devolver la vida a cuerpos corrompidos por la muerte”⁴⁶.

El inconmensurable tiempo, esfuerzo y felicidad, parecen ser sacrificables en lo que Frankenstein percibe como un bien mayor: “...es mucho más feliz el hombre que considera su pueblo natal como el centro del universo. En todo caso, es mucho más dichoso que el hombre que desea ser más grande de lo que su naturaleza le permite.”⁴⁷

Sin embargo, en esas enigmáticas palabras, el científico parecería reconocer que su apetito devorador por poseer el poder creacional implicaría, indefectiblemente, ir más allá de su naturaleza humana, al pretender dar origen a un nuevo ser único en su especie.

Si bien parte de confesar su fatídica injerencia en temas ajenos al hombre por su carácter mortal, declara que “Estaba decidido a forzar la naturaleza”⁴⁸. Es en razón de ello, que acepta el hecho de que desafiar a la naturaleza traería aparejado consigo consecuencias que, pese a su incapacidad de imaginar su magnitud y bestialidad, sí sabía que serían duras y despiadadas.

Esas consecuencias, hasta entonces inconcebibles, se manifestaron en una serie de fatalidades, cuyo origen no podía recaer sino en el mismo Frankenstein.

Tras la prematura muerte del pequeño William y la servicial Justine, así como del recorrido por la breve – y sufrida – vida de la criatura, el científico ya sentía sobre sus hombros el peso de sus actos: “Me sentía como el culpable de un crimen, obsesionado por los remordimientos. Yo era inocente, pero, no obstante, había atraído sobre mí una maldición mucho más pesada y letal que la que pudiera resultar del crimen más monstruoso”⁴⁹.

Por lo tanto, la sucesión de acontecimientos trágicos imposibles de detener y enmendar demostró el mal que sobreviene a partir de la transgresión de los límites impuestos por su propia naturaleza humana: Frankenstein pretende usurpar el poder creacional y es brutalmente castigado por ello⁵⁰.

La misma autora reconoce la abominación que realiza su personaje principal al escribir su introducción a la edición de 1831: “Vi la espantosa monstruosidad de un hombre allí tendida, y luego, mediante el funcionamiento de alguna máquina poderosa, observé que mostraba signos de vida, y se despertaba con los movimientos torpes de un ser medio vivo. Debía ser horroroso,

⁴⁶ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 58.

⁴⁷ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 57.

⁴⁸ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 58.

⁴⁹ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 203.

⁵⁰ Pagnoni Berns, Fernando Gabriel (copilador): *Frankenstein: Celebración de un bicentenario. Ensayos críticos sobre transposiciones*, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2019, p. 36.

porque absolutamente horriblos deberían ser todos los intentos humanos de imitar la fabulosa maquinaria del Creador del mundo.”⁵¹

El hecho de que Mary W. Shelley reconozca el invencible e infranqueable límite del hombre en su irresistible tentación por ser Dios, hace posible cuestionarse si su obra es una crítica al pensamiento predominante de la época, en el que la libertad absoluta y el progreso del hombre primaban por sobre todas las cosas.

Incluso insinúa el momento mismo a partir del cual el científico prometeico sería condenado, sin saberlo, a un destino trágicamente inevitable: “El éxito tendría que aterrorizar al artista, que asaltado por el horror, con toda seguridad se alejaría del odioso producto de su trabajo. Albergaría la esperanza de que, abandonada a su suerte, la chispa de vida que había encendido se apagara, de que esa cosa que había sido animada de forma tan imperfecta se convirtiera en materia muerta, y de poder dormir convencido de que el silencio de la tumba sofocaría para siempre la transitoria existencia del horrible cadáver del que había esperado que fuera la cuna de una nueva humanidad.”⁵²

Por ende, la suprema injusticia que comete Frankenstein, entonces, consiste en la creación de un ser que nunca tendría que haber sido.

La obra, en su solo transcurrir, evidencia, por un lado, la existencia de un orden natural que gobierna el universo, y, por otro lado, revela que las acciones de Frankenstein suponen una violación de ese orden. Ese quebrantamiento de las leyes de la naturaleza al pretender crear una nueva especie y resucitar cadáveres corrompidos por la muerte, trae aparejado consigo un inevitable caos, una despiadada crueldad y una temible monstruosidad.

El desequilibrio que se produce en la novela no puede sino traernos a la mente una antigua concepción de justicia que uno de los juristas italianos más brillantes del siglo XX, Francesco Carnelutti, expresó con absoluta precisión y claridad: "Justicia es conformidad con el orden del universo"⁵³.

Remitiéndonos al comienzo filosófico griego, e incluso prefilosófico, los pensadores habían descubierto que la totalidad de lo existente constituía un cosmos, cuyo significado es orden y belleza. Ambos términos no eran sinónimos, sino que se encontraban íntimamente enlazados, como si dijéramos que el orden siempre es bello y la belleza siempre requiere de orden.

Se efectúa un breve paréntesis con el mero propósito de destacar una curiosidad verdaderamente cautivadora. El mismo padre de Mary W. Shelley retrata al universo de modo

⁵¹ Shelley, Mary: *Frankenstein. Edición anotada para científicos, creadores y curiosos en general*, Editorial Planeta, S. A., 2017, p. 217.

⁵² Shelley, Mary: *Frankenstein o el moderno Prometeo*, Editorial Sexto Piso, S. A., México D. F., México, 2013, p. 13.

⁵³ Carnelutti, Francesco: *Teoría general del Derecho*, Editorial Revista de Derecho Privado, Madrid, España, 1955.

similar al pensamiento inicial de los griegos en su cuento "Mi querida hija". Godwin dice y cito: "El mundo es como un paisaje del señor Turner: todo orden y belleza."⁵⁴

Prosiguiendo con el presente tema, era la justicia, la diosa Dike, quien custodiaba el cosmos, al velar por su integridad e impedir su ruptura; por lo tanto, será su violación la que implique el origen de una injusticia, de la cual seguiría, necesariamente, de acuerdo a sus opuestos, caos y fealdad. Fragmentos desde Anaximandro⁵⁵, hasta Heráclito⁵⁶ y Parménides⁵⁷, manifiestan dicha idea de justicia.

En la novela Frankenstein o el moderno Prometeo, el caos azota a los personajes con la feroz venganza del monstruo. Dominado por su hambre voraz de atormentar a su creador con un castigo que reflejara su sufrimiento, se lleva vidas consigo: "Mi corazón fue creado para el amor y la simpatía; cuando por la pena y el odio me vi obligado a deleitarme únicamente en la destrucción, fue a costa de grandes sufrimientos"⁵⁸.

La fealdad, por otro lado, radica en la apariencia misma del monstruo, ya que, constituido en base a desechos de incontables cadáveres, conforma un aspecto temible hacia quien se atreva a mirarlo. "¿Por qué has dado vida a un ser monstruoso frente al que, incluso tú, apartas la mirada, lleno de asco?"⁵⁹, se aflige la criatura.

Enceguecido por a salvar a la humanidad de su propia naturaleza mortal, Frankenstein se deja llevar por un sueño científico embellecido con la honra y la fama; un sueño abrasador que termina por acabar con su vida y la de sus seres queridos.

Frankenstein no tenía intención alguna de ver a su familia morir poco a poco y quedar sólo en el mundo al cual pretendía salvar; él quería darle la oportunidad a la humanidad de vivir para siempre, evitando el dolor de la enfermedad y eliminando la tragedia de la muerte, para ser felices eternamente en la tierra. Sin embargo, la intención no es suficiente para que el acto sea bueno⁶⁰.

"He padecido torturas que nadie hubiera sido capaz de soportar sin el sentimiento de justicia que abrazaba mi corazón"⁶¹, declaró Frankenstein en sus últimos momentos. Sin fuerzas por la extenuante persecución, anhelaba sumirse en los encantos de los sueños que permiten olvidarlo

⁵⁴ Cross, Esther: *La mujer que escribió Frankenstein*, Grupo Editorial Planeta, Ciudad de Buenos Aires, Argentina, 2013, p. 40.

⁵⁵ "En aquello en que los seres tienen su origen, en eso mismo viene a parar su destrucción, según lo que es necesario; porque se hacen justicia y dan reparación unos a otros de su injusticia, en el orden del tiempo". En Comentario a la física de Aristóteles, 24, 13.

⁵⁶ "El sol no traspasará sus medidas; si no, las Erinias, ministras de la justicia, sabrán encontrarlo". Frag. 94.

⁵⁷ "Ni jamás de lo no ente permitirá la fuerza de la persuasión que llegué a ser algo junto a él. Por lo cual ni llegar a ser ni dejar de ser permitió Dike, soltando cadenas sino que las retiene. La decisión sobre esto consiste en lo siguiente: es o no es". Frag. 8, Sobre la naturaleza.

⁵⁸ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 280.

⁵⁹ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 159.

⁶⁰ Rodríguez Valls, Francisco: *La mirada en el espejo. Ensayo antropológico sobre Frankenstein de Mary Shelley*, Universidad de Sevilla, Sevilla, España, 2001, p. 9.

⁶¹ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 263.

todo⁶²: la pena, la soledad, la fatiga, la realidad misma; para luego despertar y ver el caos que supuso haber violado las leyes de la naturaleza al pretender transgredir sus límites de criatura para tomar el poder creacional⁶³.

Solón, uno de los Siete Sabios de Grecia, dijo una vez: "Pero lo más difícil es llegar a la percepción inteligente de la invisible medida, al hecho de que todas las cosas llevan consigo límites"⁶⁴.

Teniendo múltiples oportunidades para redimirse a causa de su osadía por infringir las leyes propias de su naturaleza de criatura al aspirar a atribuirse el poder creador de Dios, no sólo mantiene una postura egoísta y orgullosa, sino que, a pesar de todo lo acontecido, muere sin arrepentirse de ninguno de sus actos.

b. La corrupción en la relación creador-criatura.

*"En la hora de angustia y de luz vaga,
en su Golem los ojos detenía.*

*¿Quién nos dirá las cosas que sentía
Dios, al mirar a su rabino en Praga?"⁶⁵*

El Golem, Jorge L. Borges.

⁶² "Durante el día, la espera de la noche me sostenía y animaba, porque en el sueño volvía a ver a mi esposa, a mis amigos y a mi país natal... Muchas veces, agotado por una caminata extenuante, me convencía de que estaba soñando y de que, cuando hubiera caído la noche, despertaría a la realidad para hallar a los seres a quienes amaba. ¡Ay, con cuánta ternura los quería! ¡Cómo los abrazaba cuando venían a visitarme en los sueños!" *Frankenstein*, Op. Cit., p. 260.

⁶³ Villacañas, Beatriz: *De doctores y monstruos: la ciencia como transgresión en el Fr. Faustus, Frankenstein y el Dr. Jekyll and Mr. Hyde*. Asclepio 53(1), 197–212, Universidad Complutense, Madrid, 2001.

⁶⁴ Jaeger, Werner: *Paideia: los ideales de la cultura griega*. Fondo de Cultura Económica. Ciudad de México, México, 1962, p. 148. Fragmento 16.

⁶⁵ El poema, inspirado en una antigua leyenda hebrea, sitúa al rabino Judá León en Praga, quien crea una criatura llamada Golem, con el propósito de que defienda a la comunidad judía de ataques externos, junto con su colaboración en labores domésticos dentro de la sinagoga. Lo defectuosa que resultó dicha creación se evidencia en su carácter torpe e insípido, lamentándose y rechazando el rabino su propia invención. Es considerado el antecedente de la criatura de Frankenstein, no sólo porque existe la creencia de que Paracelso quiso crear un ser similar, sino en vista de que el Golem clásico poseía aptitudes y fuerzas extraordinarias. No obstante, la leyenda cuenta que, un día, ante el descuido del rabino, comenzó a atacar tanto a personas como a animales. En presencia de tal situación, el rabino decidió borrar de su frente una letra de la palabra אמת (emet o emeth, cuyo significado es "verdad"), a través de la cual le había dado la vida, finalmente quitándosela y escondiéndolo.

La estrofa citada abre el interrogante respecto a qué pensaría Dios sobre su creación, el hombre, al observarlo, quien, a su vez, miraba a su propia invención, el Golem. El mismo Borges expresó: "El Golem es al rabino que lo creó, lo que el hombre es a Dios; y es también, lo que el poema es al poeta".

Borges, Jorge Luis: *Obras completas*, Emecé Editores, S. A., Buenos Aires, Argentina, 1974, p. 887.

Varela Moreno, María Encarnación: *La leyenda del Golem. Orígenes y modernas derivaciones*, MEAH, 44 61-79, Universidad de Granada, 1995.

La transformación que atraviesa la criatura a lo largo de la novela acaba en una angustiada decisión de poner fin a su vida: “Pronto moriré y dejaré de sentir. Pronto se extinguirá este fuego que me quema. Ascenderé triunfalmente en mi pira y arderé exultante de júbilo. La luz de esta hoguera se irá apagando y el viento esparcirá mis cenizas en el mar. Mi espíritu descansará en paz. Y si todavía piensa, por lo menos ya no pensará así. Adiós”⁶⁶.

Sus aspiraciones, esperanzas e ideales fueron reemplazados por violencia, intransigencia y terquedad desde el instante en el que Frankenstein destruye el ser que estaba destinado a convertirse en su compañera.

A partir de ese momento, la criatura cumple sus amenazas y comienza a ejecutar su implacable venganza. Sin embargo, la amarga sensación que deja en el lector lleva a preguntarse: ¿Acaso la criatura no era merecedora de amar y ser amada?

El interrogante, arraigado firmemente en el argumento de la obra, da pie a la posibilidad de plantear la justicia en torno a la relación entre Frankenstein y el monstruo; particularmente, acerca de los deberes y obligaciones que tiene el creador con su criatura, englobado en una simple, y, a su vez, compleja pregunta: ¿El científico fue justo con su invención?

Allí por el siglo II, uno de los juristas más brillantes del imperio romano formuló una definición de justicia que aún perdura en nuestros tiempos: “La constante y perpetua voluntad de dar a cada uno lo suyo”⁶⁷. La insigne frase de Ulpiano nos conduce, indudablemente, a lo siguiente: ¿Es posible afirmar que Frankenstein le dio a su criatura aquello que le correspondía?

Ella misma exclama: “¡Ser insensible y sin corazón! Me diste sentimientos y pasiones, echándome luego al mundo para que fuera víctima del desprecio y la repugnancia de todo el género humano. Pero me sabía con derecho a esperar de ti compasión y justicia. Sería entonces a tu lado donde buscaría lo que los demás hombres me negaban”⁶⁸.

Penetrantes y lastimosos son los cuestionamientos existenciales que se plantea a sí misma, ante la falta de “un padre que cuidara de mi infancia ni una madre que me prodigara la bendición de sus caricias”⁶⁹, acudiendo a un concepto de justicia que, si bien carecía de certeza respecto de qué se trataba o qué comportaba la misma, lo sentía atravesado en su propio ser:

“¡Oh, Frankenstein! No te sientas satisfecho de ser justo para con los demás si conmigo, con quien tiene más derecho que nadie a tu justicia, clemencia e incluso amor, te muestras tan implacable. Recuerda que soy tu criatura”⁷⁰.

La relación entre Frankenstein y su monstruo bien podría asemejarse, en cierto punto, a la relación entre Dios y el hombre, un padre y su hijo, una hembra y su cría, un dueño y su animal;

⁶⁶ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 284.

⁶⁷ Di Pietro, Alfredo: *Derecho romano privado*, Abeledo Perrot S. A., Buenos Aires, Argentina, 2009, p. 39.

⁶⁸ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 171.

⁶⁹ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 145.

⁷⁰ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 117.

alejadas por su indiscutible diferencia intrínseca, pero similares por los deberes que acarrea: todos tienen una obligación natural que cumplir con los seres que de ellos dependen, sea proveyéndoles alimento y protección, hasta afecto y formación.

Desconocer deliberadamente el rol que cumplen en el desarrollo y la vida misma de esos seres, así como desentenderse de las consecuencias que ello pueda provocar, no podría traer otra cosa que pesadumbre y desorientación.

El caso de Frankenstein no tendría por qué haber sido distinto. En su tardío – y ya inútil – reconocimiento de que “Era consciente de los deberes que un creador tiene para con el ser que ha creado”⁷¹, como se mencionó anteriormente, lo inevitable había acontecido y de manera irremediable: “Había soltado al mundo una criatura horrenda y depravada que se deleitaba en causar el mal”⁷².

El conflicto en su pobre vínculo tal vez no se encuentre en el catastrófico final de la obra, sino en el propio comienzo: desde el instante en que Frankenstein le concede la vida a su criatura huye horrorizado y la deja a su merced, tras ver que su retorcido genio fue capaz de crear tal monstruosidad.

Por lo tanto, cabe una disparatada, pero válida duda: ¿Qué hubiese pasado si Frankenstein no abandonaba al monstruo?

Quizás podría haberlo utilizado como un modelo creacional inicial, al cual luego iría perfeccionando con el paso del tiempo, hasta alcanzar uno ideal.

Quizás podría haber hecho de su invención científica una verdadera atracción en la Universidad de Ingolstadt, en cuyos pasillos resonaría su nombre como un revolucionario que tenía en sus manos el poder de cambiar el destino de la humanidad, extendiéndose su fama e intelecto por todo el mundo.

Quizás hubiese sido el comienzo de una nueva especie, como podría haber significado el primer paso a la inmortalidad.

La imposibilidad de obtener una respuesta certera o de reescribir la historia lleva a la propia mente a imaginar una realidad alternativa, destinada a ser el puntapié de una pregunta que todos los lectores de la novela de Mary W. Shelley se hicieron tras leer la última palabra de ella: ¿El final podría haber sido distinto?

Tal vez sólo el amor de Frankenstein no fuese suficiente para la criatura y escaparía en busca de nueva compañía o le exigiría a su creador un ser semejante otra vez; puede que ahí se hubiesen cumplido los temores de Frankenstein sobre la criatura femenina. Tal vez los científicos imitarían sus pasos y darían origen a un sinnúmero de engendros; dominantes a causa de su

⁷¹ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 120.

⁷² *Frankenstein*, Op. Cit., p. 88.

fortaleza podrían acabar con la humanidad o desatar una guerra entre ellos. Los escenarios son infinitos.

No obstante, apreciar que Frankenstein en esa realidad alternativa hubiese hecho todo lo que está en sus manos por evitar un desenlace trágico para él, sus amados y su criatura, lo cambia todo: podría haber obtenido tanto el perdón por el daño ocasionado, como la reconciliación con Dios por pretender ocupar su lugar.

En los ejemplos mencionados anteriormente como similares a la relación creador-criatura, es posible observar que un padre es responsable por los actos de su hijo, así como el dueño de un animal por los de éste; incluso el dueño de determinada maquina responde por los daños que ella ocasione.

Pero Frankenstein no responde en ningún momento por su criatura: la muerte de su hermano William es pagada con la ejecución de la inocente Justine; el asesinato de la bella y alegre novia Elizabeth, así como del fraternal y amable Henry quedan impunes; el propio Alphonse deja el mundo por la tristeza que desborda su corazón ante la enorme desdicha de su alrededor.

Pese a reconocer que “tenía ciertamente la obligación de velar por su felicidad y su confort”, termina admitiendo que “tenía para con los de mi especie un deber mucho mayor”⁷³. Por lo tanto, Frankenstein no sólo le niega al monstruo aquello que le corresponde por naturaleza al ser su creador⁷⁴; si no que, paradójicamente, le había dado aquello que no le correspondía: la vida.

La contrariedad que invade al científico por el éxito de haber engendrado a un ser a partir de materia inerte, aunque sea el mismo el causante de sus desgracias, así como haber elegido la protección de la humanidad sobre la de sus amados, no podría expresarse de mejor modo en esta frase: “Me has hecho más infeliz de lo que puedo expresar. Ni siquiera puedo considerar si soy justo o injusto contigo”⁷⁵.

c. El caos de una existencia absurda.

*“Cada ser tiene su progreso propio,
y conforme a las leyes inmutables
de la Naturaleza entre sí guardan
todas las diferencias de su especie.”⁷⁶*

⁷³ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 277.

⁷⁴ “I am thy creature, and I will be even mild and docile to my natural lord and king, if thou wilt also perform thy part, the which thou owest me.” Shelley, Mary: *Frankenstein*, Colburn and Bentley, London, 1831, p. 84.

⁷⁵ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 119.

⁷⁶ Lucrecio: *De la naturaleza de las cosas*, Ediciones Orbis, S. A., Madrid, España, 1984, p.329.

Atrapado en una existencia insoportable, el monstruo suplica múltiples veces por misericordia a su creador, siendo humillado y maltratado en cada una de ellas.

En lo más profundo de su ser entierra su bondad pura e inocente, para sacar a luz una perversa maldad, hasta entonces desconocida: “El mal se convirtió entonces en mi bien”⁷⁷.

De ser una criatura perdida y desamparada, sometida a los sufrimientos y caprichos de su cruel creador, pasa a ser el autor de sus mayores tormentos arrebatándole de sus manos todo lo que siempre había anhelado: desde la satisfacción por su logro al crear un ser único en su especie, hasta un dichoso matrimonio con su enamorada de la niñez.

“Deseaba el amor y la amistad, pero me eran cotidianamente negados”, se lamentaba la infeliz criatura. “¿Debo ser considerado el único criminal cuando todos los humanos han pecado contra mí?”⁷⁸, es la desconsolada pregunta que se hace la criatura tras ver muerto a su creador.

Pese a que su sufrimiento evidencia aún más la injusticia cometida por Frankenstein contra su propia criatura, la decisión de ella de vengarse, significó la tortura y pérdida de personas ajenas al dolor y la furia que la invadían violentamente. Frente a semejante siniestra realidad, los hechos que atormentan a los personajes de la novela bien podrían ser considerados una injusticia; no obstante, ¿podría calificarse como justo o injusto a un ser que no es humano?

Con certeza es posible afirmar que la criatura de Frankenstein no es un ser humano, tampoco un animal ni un vegetal. ¿Qué es entonces?

El monstruo tendrá la suerte, o desgracia, de poseer rasgos y sentimientos humanos; esas características propias de los mortales provocarán la ilusión de que es un hombre y debe ser tratado como tal. Pero no se debe olvidar que es, simplemente, un conjunto de deshechos cadavéricos animados.

Retomando la pregunta inicial, mientras los animales obran de acuerdo a su instinto, imposibilitados de reflexionar acerca de la virtud de la justicia por su misma naturaleza, el monstruo sí tiene capacidad de discernimiento; posee libertad y voluntad para ejecutar sus actos.

El hecho que su accionar sea concordante con sus intenciones, parecería dejar entrever, efectivamente, su ferviente deseo de hacer el mal: “Si no pueden amarme, me temerán; y serás tú, mi mayor enemigo, quien lo sentirá con mayor fuerza ... Te destruiré y no me consideraré satisfecho hasta que tu corazón se hunda en desolación, hasta que te oiga maldecir el día en que naciste”⁷⁹.

⁷⁷ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 281.

⁷⁸ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 282.

⁷⁹ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 180.

La empatía y la compasión que suscitaba en el lector desaparecen tras las duras e impactantes declaraciones que anticipan el daño que infringirá como un modo de equilibrar la balanza: el monstruo vivirá por y para castigar a su creador al ser el culpable de su sufrimiento.

“Mi dolor se acrecentaba con el recuerdo de la injusticia y la ingratitud que había sufrido... Quería llevar a cabo una represalia ejemplar, sin misericordia, adecuada a las angustias y ultrajes que había sufrido”⁸⁰.

Volviendo a la pregunta inicial: ¿Es esto una injusticia? ¿Puede calificarse de injusto el obrar maléfico de un engendro creado por un mortal, que daña y mata hombres? ¿Son aplicables las categorías morales humanas a un ser no humano, pese a que éste razona y actúa como uno?

Podrían esbozarse variados argumentos para cualquier respuesta; sin embargo, ninguna parece ser plenamente satisfactoria. La cuestión de ello radica en que cuando el hombre viola las leyes de la naturaleza y corrompe el orden de la creación, penetra el mundo de lo absurdo, deforme, y caótico, en el que la misma realidad pierde su nombre y su sentido.

6. A modo de conclusión.

*“Pero no quisiera morir cobardemente y sin gloria,
sino realizando algo grande
que llegara a conocimiento de los venideros.”⁸¹*

La Ilíada, Homero.

La dificultad de determinar lo justo en los personajes proviene de la misma entraña de la obra: un creador que nunca tendría que haber dado origen a su invención y una criatura que nunca tendría que haber sido concebida.

El sueño de robar y poseer el poder creacional de Dios no podía acabar sino en un desorden; un mortal que pretendía ser venerado como el padre de una nueva especie, al transgredir los límites de su naturaleza humana y causar un caos por su violación.

Es indispensable no perder de vista que la creación divina se encuentra emparentada con la locución latina *ex nihilo*⁸², mientras que la expresión que se ajusta al caso de Frankenstein es la

⁸⁰ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 174.

⁸¹ Homero: *La Ilíada*, El Cid Editor, Santa Fe, Argentina, 2003, p.599.

⁸² Dios crea a partir de la nada. Es en razón de ello que Dios se encuentra presente en todas las cosas, hallándose íntimamente unido a sus seres creados.

de creatio ex materia⁸³. En consecuencia, si el hombre pretende ocupar el lugar de Dios, será un dios deficiente. Y, lo creado, necesariamente participará de su carácter defectuoso.

Dios, al crear al hombre, le da el poder de nombrar a todas las cosas⁸⁴. Es llamativo que Frankenstein no atine a ponerle un nombre a su criatura, a la que llama monstruo, demonio, diablo, animal. De algún modo, esto da a entender de que es un ser no querido por Dios.

El hecho de que durante todo el transcurso del relato la criatura se encuentre desprovista de un nombre, podría indicar también el poco valor que tenía para Frankenstein su invención; al otorgarle una identidad, lo estaría humanizando, y para él no era un hombre sino un ser deforme.

No obstante, y es a raíz de ello, que se torna crucial formular la siguiente pregunta: ¿Quién es el verdadero ser deforme? Mientras que la deformidad de la criatura radica en su apariencia física y en su involuntaria y ambigua entidad, en Frankenstein consiste en el abandono de su forma, de su esencia humana, en su afán por convertirse en un pseudo dios.

Su intento de trascender termina en el deterioro de su persona, perdiendo sus cualidades humanas, tal como la responsabilidad, la piedad y la propia humildad, al dejarse seducir por las ansias de fama y gloria.

El científico prometeico, dominado en su imaginaria rivalización con Dios por el poder creacional, termina deshumanizándose, convirtiéndose en su propio verdugo al dar origen a todos los males que lo azotarían y someter tanto a su criatura como a sus amados a un turbulento camino del cual no encontrarían escapatoria posible.

Pese a que podría considerarse que el castigo de Frankenstein consistió en las desgarradoras pérdidas y desesperantes sufrimientos que padeció en vida, sostenido en su lastimosa declaración “Estaba condenado a vivir”⁸⁵; el infortunado mundo creado por Mary W. Shelley logra trascender de un modo extraordinario las palabras de sus páginas para volverse una realidad ostensible: el monstruo termina apropiándose del nombre de su creador, tal como si el verdadero castigo de Frankenstein fuese perder su identidad, viéndose forzado a compartirla con su criatura.

En efecto, las incontables producciones teatrales, cinematográficas y literarias que se inspiraron en la novela de Mary W. Shelley, tomaron el nombre de Frankenstein y se lo asignaron al monstruo, pasando el científico a poseer distintas designaciones en cada obra artística.

⁸³ Implica crear a partir de materia preexistente; en vista de ello, es razonable que la obra hecha por el hombre permanezca independiente de su productor. Partiendo de la base de que la criatura de Frankenstein estaba compuesta físicamente por diversos cadáveres, es comprensible la carencia de un vínculo entre ambos.

⁸⁴ “Y Yahvé Dios modeló del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera.” Génesis 2: 19-20. Biblia de Jerusalén, Editorial Desclée De Brouwer, S.A., Vizcaya, España, 2009, p. 58.

⁸⁵ *Frankenstein*, Op. Cit., p. 225.

El doctor Frankenstein no sólo es condenado a una vida de tormentos que lo acompañan hasta su último suspiro; sino que aquel que le arrebató todo – su familia, su futuro, su ilusión, su propia vida – termina por robarle su nombre en un misterioso, aunque excepcional modo cósmico de hacer justicia a alguien cuyo crimen fue querer ser quien no podía ni debía ser: Dios.

Referencias bibliográficas:

Agustín de Hipona: *Interpretación literal del Génesis*. EUNSA. Barañáin, España. 2006.

Aya, César Oliveros: *El sueño de Frankenstein*, Revista Hallazgos, vol. 12, nº 23, Universidad Santo Tomás, Bogotá, Colombia, 2015.

Biblia de Jerusalén, Editorial Desclée De Brouwer, S.A., Vizcaya, España, 2009.

Borges, Jorge Luis: *Obras completas*, Emecé Editores, S. A., Buenos Aires, Argentina, 1974.

Carnelutti, Francesco: *Teoría general del Derecho*, Editorial Revista de Derecho Privado, Madrid, España, 1955.

Cross, Esther: *La mujer que escribió Frankenstein*, Grupo Editorial Planeta, Ciudad de Buenos Aires, Argentina, 2013.

De Martini, Siro: *Fundamentos filosóficos del principio de legalidad*, Anales de la Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, segunda época, año LX, nº 53, 2013.

De Unamuno, Miguel: *Del sentimiento trágico de la vida*, Ediciones Orbis, S. A., Madrid, España, 1984.

Di Pietro, Alfredo: *Derecho romano privado*, Abeledo Perrot S. A., Buenos Aires, Argentina, 2009.

Esquilo: *Tragedias*, Editorial Gredos, S. A., Madrid, España, 1986.

Fantasmagoriana, ou recueil d'histoires d'apparitions de spectres, revenans, fantômes, etc., Chez F. Schoell, Paris, 1812.

García Gual, Carlos: *Prometeo: mito y literatura*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, México, 2009.

Homero: *La Ilíada*, El Cid Editor, Santa Fe, Argentina, 2003.

Jaeger, Werner: *Paideia: los ideales de la cultura griega*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, México, 1962.

Lucrecio: *De la naturaleza de las cosas*, Ediciones Orbis, S. A., Madrid, España, 1984.

Marx, C.: *Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y en Epicuro*, Editorial Ayuso, Madrid, España, 1971.

McGuire, Bill: *Waking the Giant: How a changing climate triggers earthquakes, tsunamis, and volcanoes*, Oxford University Press UK, 2012.

Mellor, Anne K.: *Mary Shelley: su vida, su ficción, sus monstruos*, Ediciones Akal, S. A., Madrid, España, 2019.

Milton, John: *Paradise Lost*, Editorial Material, Blackwell Publishing Ltd, Massachusetts, EEUU, 2007.

Pagnoni Berns, Fernando Gabriel (copilador): *Frankenstein: Celebración de un bicentenario. Ensayos críticos sobre transposiciones*, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2019.

Platón: *La República*, Eudeba, Buenos Aires, 2009.

Rodríguez Valls, Francisco: *El Frankenstein de Mary Shelley (1797-1851)*, Thémata, Revista de filosofía, n°44, Universidad de Sevilla, Sevilla, España, 2011.

Rodríguez Valls, Francisco: *La mirada en el espejo. Ensayo antropológico sobre Frankenstein de Mary Shelley*, Universidad de Sevilla, Sevilla, España, 2001.

Ruiz Garzón, Ricard: *Los Monstruos de Villa Diodati. Los espejos de Frankenstein*, Reino de Cordelia, S.L., Madrid, España, 2018.

Shelley, Mary: *Frankenstein*, Colburn and Bentley, London, 1831.

Shelley, Mary: *Frankenstein*, Editorial Gradifco S. R. L., Buenos Aires, Argentina, 2007

Shelley, Mary: *Frankenstein. Edición anotada para científicos, creadores y curiosos en general*, Editorial Planeta, S. A., 2017.

Shelley, Mary: *Frankenstein o el moderno Prometeo*, Editorial Sexto Piso, S. A., México D. F., México, 2013.

Shelley, Mary: *Frankenstein; or, the modern Prometheus*, Lackington, Hughes, Harding, Mavor, & Jones, London, 1818.

Varela Moreno, María Encarnación: *La leyenda del Golem. Orígenes y modernas derivaciones*, MEAH, 44 61-79, Universidad de Granada, 1995.

Villacañas, Beatriz: *De doctores y monstruos: la ciencia como transgresión en el Fr. Faustus, Frankenstein y el Dr. Jekyll and Mr. Hyde*. Asclepio 53(1), 197–212, Universidad Complutense, Madrid, 2001.